

Del contagio

Guadalupe Santa Cruz. *El contagio*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1997.

Francesca Lombardo



EPIGRAFÍA, así se llama el saber o el conocimiento acerca de las inscripciones.

Epígrafe es inscripción; sea ésta la colocada en un edificio para indicar su fecha y su destinación, —sea la citación corta que un autor elige para encabezar un texto, un capítulo, un libro, señalando con él, el espíritu, el ánimo, la atmósfera.

Diré que el libro de Guadalupe Santa Cruz me liga a su inscripción, es decir, al conjunto de caracteres escritos o grabados para conservar un destino, un pulso. Entonces es más bien a esta estratificación, a su señal local a lo que me referiré. Es la incisión como contagio, esa que permite la penetración en el organismo de gérmenes patógenos la que me complicita en primera instancia.

Hospital y cocina

Acompañar al texto en este extravío por el laberinto de un Hospital, seguirlo en la dinámica de sus flujos y reflujos. Rastrear y cuadrillar las mareas —ella—(la autora) apreta el círculo, cada vez el recorrido se vuelve más visceral, más pegajosamente digestivo.

Ya no es sólo el paisaje urbano con la nominación de los emplazamientos, ahora es la metabolización, la ingestión y la excreción en la mole institucional.

Hospital, Hospicio, Lazareto, casas profilácticas de tránsito, donde se apoza lo enfermo.

Para conocer una ciudad, importa conocer sus sistemas de circulación, el ritmo de sus pulsaciones, los matices de su metabolismo. Y en la ciudad, sus diversas ciudadelas: cárceles, manicomios, hospitales, —las vísceras pesadas, ahí donde se concentra la toxina. Seguro que ahí “el contagio” en

cualquiera de sus modos, circula, se pega, infecta. Trátese del contagio real de las materias en contacto o el otro más histérico y por imitación, por simpatía.

/Sólo las enfermedades se contagian, sólo aquello signado con la disfunción y la picadura de muerte se contagia. Nada de exquisito, de magnífico, de precioso se propaga por contacto./

Los Hospitales, esos grandes animales termodinámicos, anacrónicos, donde la institución alidad ancló en piedra, en hormigón, en ladrillo, la idea que ella se hace de lo sano, lo enfermo, lo limpio, lo sucio, la vida, la muerte.

Animales anfitriones, hay que conocer el génesis de su levantamiento arquitectónico para corroborar el pulso de su edad civil, sociológica.

Como organismos vivos, los Hospitales poseen huesos, músculos, poseen usos y costumbres, protocolos internos y externos y ciertamente varios dialectos aparte de la lengua madre, que es, me parece, la termodinámica.

El deslinde entre lo privado y lo público es siempre la zona de infección por excelencia.

La usina marcha. El fuego, combustible pasional la recorre, reparte su energía en calor, en combustión, vapor y brasas.

La estrategia consiste en calentar

Una máquina, un motor alimentado con el paso incesante de moléculas, de frotamientos, de chispazos.

Eso pulula, eso multiplica.

La mole, el monstruo vive por la termodinámica y por las filtraciones, las fugas necesarias al equilibrio general del sistema.

En cada Hospital, la ubicación de los Servicios, la distribución en corredores, en pisos, en patios.

La arquitectura interior habilita

una diurnidad y una nocturnidad particular. Zonas del día y zonas de la noche.

El saber hacer, la técnica, es el discurso del amo (en el día).

Lo heterogéneo, la angustia, el desborde de la gleba (en la noche).

La noche de los sótanos, las calderas, de la intimidad caliente, agria, a veces pestilente de la marmita. Se copula, se muere, se agrava uno al atardecer y al alba, justo en esas fronteras de la noche.

Hablo de las zonas de la mezcla, del recorte, de la redistribución.

Ahí se bombea.

Se bombea a todo trapo, se bombea a muerte.

El contagio infiltra el cuerpo, los diversos cuerpos contenidos en encierro.

En la novela de Guadalupe Santa Cruz el orden de los epígrafes da buena cuenta.

Cito:

– “Oli mugre humana corrompiendo el jabón que la había sacado de los trapos que la mantenían”.

– “Soy una atención, soy un cuerpo mirando por la ventana”.

– “Acuéstate cerca de mí, en la boca”.

– “Hay que ponerle alimento a la comida, dijo la mujer”.

– “En el aire de su olor, el olor de su alimento”.

– “Me está comiendo la color, dijo el hombre”.

Inscripciones que son epitafios.

Se adentran en el órgano del sufrimiento, del miedo, de la angustia, se adentran cada vez más a ras de válvula, de oscilación peristáltica.

Y en el órgano, la última, la más secreta capilaridad, la de la ingestión y la excreción.

Recuerdo algo: –Cocinerías–

En el actual Hospital del Salvador, el Servicio de Ginecología y Obstetricia ocupa una especie de U a la izquierda de la Capilla, según se entra por Avenida Salvador. Esta U donde ahora se ordenan por un brazo, la sala de Conferencias, los Policlínicos ambulatorios y por el otro brazo, –la Sala de Patología Prenatal y los Puerperios, se cierra en la transversal con las salas de Parto, el pabellón y la Nursery. Precisamente en esa U que señala el gineceo, estuvieron ubicadas en el pasado y de acuerdo a la distribu-

ción original, las cocinas del Hospital. De cierta manera se podría decir que la Cocinería sigue estando allí, –asegurando el tránsito, oscilando en el umbral, desplegando todos los sentidos: tacto, olfato, vista, oído y gusto, – el lugar del cruce y por supuesto del contagio, el lugar basalmente femenino.

El Hospital y en el Hospital las cocinas

Cocinar reenvía a la exigencia, a la neutralidad del cuerpo aséptico.

No cortar la mayonesa, hacer que el merengue suba, liar la salsa, mantener el ritmo en el batido.

Estatutos de madre, experiencia de la edad, disponibilidad para circular y hacer circular de manera sobria, gobernada.

La cocinera pertenece al medio de los manipuladores, de los chasquillas, inventores precarios que navegan entre la improvisación y el fraude, pero también más que eso, la cocinera “coagula”, ella produce la Stasis, la congestión cuando quiere.

Como figura marginal, ella es la reina de los patios traseros, ahí donde las flores brotan entre escombros y detritus. La cocinera y sus pinches detentan la función ominosa de “hacer comer para otros”.

La mujer que cocina hace la alianza, encamina el entendimiento entre materias, condimientos, tiempos y comensales.

Ella hace “los fríos” y también “los calientes”.

En la alianza, en los avatares de la alianza, no se contenta con hacer de comer, sino que toma a su cargo el vigilar la distribución de las diversas prestaciones de alimentos, qué y cuánto, para cada quien y en qué circunstancia.

Un arte, un criterio no escrito porque no describible, en el que se reconoce la presencia de un don, un talento para hacer cuajar, fraguar, hacer prender.

–La esterilidad sería entre otras cosas, “la incapacidad para cocinar”.

El arte culinario sería el arte de ligar, de mezclar sustancias y gobernar los fuegos, es decir la duración (la medida).

Duraciones finamente circunscritas que están a la base del arte de la cocción, –patrimonio de las mujeres hechas–, expertas en “maternidad”.

Maestra y aprendices. El pinche de cocina, la niña de mano, es mano de obra que manipula pero no coagula (no aún al menos), su reino es todavía lo crudo, el sexo, la cacería, el desposte.

Por otra parte, cocinar es siempre atender a la transmutación del fuego.

De lo crudo a lo cocido la distancia es el lenguaje y la alquimia.

El fuego cumple su obra, volviendo lo crudo en cocido, lo grumoso en untuoso, la cohabitación inconfortable de materias dispares en ligazón homogénea, unificada y liviana.

En los hogares, la cocina está concebida como el lugar privilegiado de la metamorfosis.

Un rito y una técnica signa el pasaje entre el alimento desnudo al alimento consumible, es decir, disfrazado.

Desde este punto de vista, la cocina está investida de un cierto respeto, de una sacralidad que cubre también a aquellos que en ella disponen, trafican, hacen la mezcla y las porciones.

Espacios promiscuos, a veces exigüos, la cocinería fabrica lo seriado (el menú barato de lo seriado). Allí se

“chasquillea” con rapidez, con molestia; —en medio de los utensilios sucios que se apilan—, el maquillaje que el vapor añeja, el barniz de uñas que se descascara, la media que se corre —así y todo o por eso mismo la cocinería permanece como lugar de tránsito, el terminal termodinámico para el alimento y también para quienes lo tratan.

Cocina y servicios, servicios higiénicos, baños. La distancia es tan orgánica como la que conduce del vientre al recto. La cloaca, ahí donde se absorbe y se evacúa, la zona misma del contagio, de la polución del cuerpo biológico, sexuado y mortal y también del otro, imaginario, fantasmático, pegajoso él también y contaminante.

Todo otro contagio pareciera ser derivativo de éste, subterráneo, sagrado y vil, donde la carne de cañón somos todos y cada uno de nosotros, alfilerados entre lo privado y lo público, el salón y el patio trasero. La cocina y el baño, entre ellos la liturgia, las historias, los amores, compareciendo todos y cada cual, a su manera “contagiados”, intentando todos macerar la leche vertida, rasparla, disfrazarla para que no se note, al menos no demasiado.